

Margarita
Valencia

Paula Andrea
Marín

Ana María
Agudelo



OFICIO: LIBROS

HISTORIAS DE
LIBRERAS Y LIBREROS
EN COLOMBIA

OFICIO: LIBROS

Margarita
Valencia

Paula Andrea
Marín

Ana María
Agudelo

OFICIO: LIBROS

HISTORIAS DE
LIBRERAS Y LIBREROS
EN COLOMBIA

Ariel

Valencia, Margarita

Oficio: libros / Margarita Valencia, Paula Andrea Marín, Ana María

Agudelo. - Bogotá: Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, Ariel, Editorial

Planeta Colombiana S.A., 2023.

372 páginas ; 14,5 x 23 cm.

ISBN 978-628-7569-46-1

I. Librerías - Colombia. 2. Libreros - Relatos personales. 3. Libros y lectura. I.

Marín, Paula Andrea, II. Agudelo, Ana María. III. Tít.

CDD 381.45002

© Margarita Valencia, Paula Andrea Marín y Ana María Agudelo, 2023

© Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, 2023

Carrera 4 N.º 23-76, Bogotá

www.utadeo.edu.co/es/editorial

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2023

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

www.planetadelibros.com.co

Primera edición: septiembre de 2023

ISBN 13: 978-628-7569-46-1

ISBN 10: 628-7569-46-8

Impreso por: xxxxxx

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Para nuestros mayores
La poesía fue un objeto de lujo
Pero para nosotros
Es un artículo de primera necesidad:
No podemos vivir sin poesía.

MANIFIESTO, NICANOR PARRA

Contenido

Preliminar	13
Presentación.....	17

OFICIO: LIBROS NUEVOS

Librería Al Pie de la Letra.....	25
<i>Gloria Melo</i>	
Libros Antimateria.....	35
<i>Joni Benjumea</i>	
Libros Antimateria.....	43
<i>Melissa Martínez</i>	
ArteLetra	51
<i>Adriana Laganis</i>	
Casa Tomada	71
<i>Ana María Aragón</i>	
Librería El Licenciado.....	83
<i>Erika Johana Quintero Duque</i>	
Librería Espantapájaros	95
<i>Yolanda Reyes y María Isabel Calderón</i>	
Exlibris	117
<i>Patricia Melo</i>	
Expresión Viva.....	129
<i>Jonathan Valencia</i>	

Hojas de Parra	145
<i>Santiago Sepúlveda y Camilo Rico</i>	
Librería Lerner	171
<i>Alba Inés Arias Figueroa</i>	
Libélula Libros	193
<i>Tomás David Rubio Casas</i>	
Matorral	205
<i>Andrés Archila</i>	
Prólogo Libros	221
<i>José Manuel Lleras</i>	
Siglo del Hombre	233
<i>Felipe Grismaldo</i>	
Tornamesa	249
<i>Camilo de Mendoza</i>	
Wilborada	267
<i>Yolanda Auza</i>	

OFICIO: LIBROS LEÍDOS

Árbol de Tinta	293
<i>Alejandro Torres</i>	
Los libros de Juan	317
<i>Juan Hincapié</i>	
Librería Palinuro	327
<i>Luis Alberto Arango</i>	
Librería Roma	343
<i>Adrián Osorio</i>	
San Librario libros	355
<i>Álvaro Castillo Granada</i>	
Posfacio	369
Colaboradores	371

Preliminar

Este libro que hoy ponemos en manos de los lectores puede leerse de varias maneras. En lo particular, mi primera lectura estuvo guiada por mi oficio: buscaba erratas, inconsistencias en la puntuación, ambigüedades en el texto. Hice algunos ajustes, sugerí otros tantos cambios. Sin embargo, mientras hacía la tarea no podía evitar pensar en lo sugestivas que resultaban las anécdotas e historias que se recogen en las entrevistas que aquí se compilan y que me invitaban a leer desde otras perspectivas.

La primera fue la del lector desprevenido que va descubriendo el universo de las librerías, un universo aún desconocido para la mayor parte de los colombianos. Además de lo intimidante que a muchos nos resulta entrar a una librería desconocida (porque en los imaginarios las librerías, al igual que las bibliotecas, se perciben como lugares sagrados), en estas entrevistas nos enteramos de primera mano de su vulnerabilidad: el riesgo financiero de montar una librería, las dificultades de mantener unos ingresos económicos mínimos en un país en el que el precio de los libros excede la capacidad adquisitiva de la mayoría. Esta vulnerabilidad se convierte en una herida mortal si tenemos en

cuenta, como se ha dicho recientemente, que casi el 60 % de la población con vinculación laboral en el país gana un salario mínimo o menos, así que el porcentaje de quienes ganan más que eso se reduce dramáticamente. En Colombia seguro tiene una mayor prioridad el mercado que un libro, pues alimentar el cuerpo resultará siempre más urgente que alimentar el espíritu o el intelecto. ¿Cómo se piensa, se tiene esperanza o se tiene fe si el estómago no está lleno?

A la luz de esta inmensa dificultad, resultan aún más sorprendentes las historias que hay detrás de cada uno de estos proyectos, la manera como empezaron, los aprendizajes y las virtudes de todas aquellas personas que hacen que los libros lleguen a los lectores, los esfuerzos que deben hacer y, en especial, la constancia y disciplina que hay detrás de cada librero o librera, sin importar el perfil de su librería.

Parte importante también de estos esfuerzos son los bibliófilos, a quienes imaginé recorriendo librerías conocidas y librerías nuevas, mirando detenidamente los lomos y las cubiertas, examinando de cerca las ediciones, sorprendiéndose con los títulos, descubriendo autores y editoriales mientras escuchan música y tal vez huelen el café recién hecho. Pensé entonces que, para ellos –o mejor, para nosotros–, las librerías son el espacio para encontrar amigos, tomar tinto, echar carreta, sentirse en casa y recuperar la paz que el mundo nos arrebató.

A medida que avanzaba en las revisiones –y pensaba en títulos posibles–, aumentaban mis interrogantes. Pensé que la labor del libro se percibe mucho más fácilmente desde la orilla de los editores, y a pesar de que sabemos que sin librerías no llegamos a los públicos, muchas veces ignoramos las dificultades que envuelven el oficio del librero. Sabemos aún menos de sus aspiraciones, de las razones que los condujeron a este oficio. En general, vemos a libreros y librerías –más

de los primeros que de las segundas— como seres mitológicos, casi tan desconocidos, anónimos y extraños como los practicantes de los oficios y profesiones que están detrás de las producciones bibliográficas.

Las historias que hay aquí no son necesariamente idílicas: logré sentir, por ejemplo, la angustia de Adriana Laganis de la bogotana *Arteletra*, pero también su amor desbordado por los libros, heredado de su padre, y lo que significan para ella. Tuve las preocupaciones de Alejandro Torres, de *Árbol de Tinta*, sobre el futuro de las librerías en un momento en que la incertidumbre se servía tres veces al día. A pesar de ello, me queda claro que la resiliencia es el hilo conductor de todas las historias. Y las historias de librereros y librerías me hicieron pensar en la resiliencia misma del libro, artefacto que, como narra Irene Vallejo, las ha tenido duras y maduras para sobrevivir y transmutarse en lo que es hoy.

Las dificultades subrayan la maravilla de historias como las de Juan Rafael Hincapié, de *Los libros de Juan*. Su relato, breve pero tranquilo, sensato y sorprendente logra lo que quienes trabajamos en el sector editorial queremos siempre alcanzar: que las personas se enamoren de los libros que hacemos. Otra historia maravillosa es la de Adrián Osorio y su travesía de Manizales a Chocó. La suya es una labor importantísima a la que deberíamos prestarle más atención los agentes de la cadena editorial: la de la gestión cultural y la descentralización del libro en el país. Según el artículo *Librerías y librereros independientes y de libros leídos en Bogotá y Medellín: tipologías y funciones*, de Paula Andrea Marín y Ana María Agudelo, hay apenas 600 librerías en el país, lo que equivale a una librería por cada casi ochenta mil habitantes. De esas 600 librerías, el 40 % están en Bogotá y muchas de estas son librerías religiosas o de cadena. La historia de Adrián, el cariño que le profesa al Chocó, debería ser motivo

más que suficiente para que los agentes del libro nos preguntemos no solo por los contenidos y la oferta sino también por el acceso, y como sector nos tracemos metas conjuntas para superar las barreras que limitan al último. Fue también muy grato leer a personas conocidas, como Tomás David Rubio de *Libélula Libros* de Manizales, compañero de universidad, y enterarme de su crecimiento como librero.

¿Cómo se las arreglan? Nunca dejé de hacerme esa pregunta durante la lectura, y pareciera que la respuesta es que simplemente pasa, a manera de intervención divina. Entonces pienso con un mayor sentimiento de empatía en estas personas que facilitan que los libros –que otras y otros antes de mí se esmeraron en poner en manos de lectores– tengan alguien que, al final, abra sus páginas y encuentre lo que una mente creadora y laboriosa quiso transmitir.

Me quedo corto en palabras y pasaré por alto los detalles de la importancia de los amigos, de la familia, y hasta del *Círculo de Lectores* en la construcción de estos librereros. Simplemente les invito a que recorran estas historias, se acerquen a su librería más cercana, pierdan el miedo a entrar y se arriesguen a descubrir a esos nuevos amigos que, seguro, tendrán una sorpresa esperando por ustedes en sus estantes.

MARCO GIRALDO BARRETO

Mayo de 2023

Presentación

A finales de 2019, tuvimos una muy breve discusión sobre el camino que debíamos seguir en nuestra investigación del mundo del libro en Colombia: nadie que conozca un poco la cadena del libro discutiría la relevancia de las librerías; sin embargo, es muy poco lo que en realidad sabemos sobre ellas. Intuimos que su tarea como prescriptores y curadores moldea el mercado del libro, no obstante lo cual los editores ignoran sistemáticamente sus percepciones; sabemos que son esenciales para la buena salud del mercado librero, pero las pasamos por alto a la hora de redactar e implementar políticas públicas de apoyo. Se repite constantemente que las librerías son “el eslabón más débil del mercado”, pero atribuimos esa debilidad a la ineptitud de las librerías y a la falta de interés de los potenciales lectores y eso nos libera de la necesidad de buscar una solución. Tampoco relacionamos esa debilidad con la escasez de librerías en el país. Es ese el esnobismo que caracteriza la industria editorial en el país: hacer libros es muy sexi, pero venderlos, no tanto.

En nuestro desinterés por las librerías se refleja la miopía del sector editorial colombiano, que no se siente responsable

de la ampliación de la base lectora y que siente que los compradores anuales de ocasión son suficientes para cumplir su misión y sus expectativas económicas. Sabemos que los lectores-compradores habituales de libros en el mundo prefieren las librerías, y Colombia no es la excepción, como lo demuestra el informe más reciente de la Cámara Colombiana del Libro (2020). Estos lectores son quienes sostienen, en buena parte, la industria del libro. Sin embargo, los puntos de venta de libros apenas llegan a los 600 en Colombia –es decir, hay una librería por cada 78.910 habitantes–. Estos puntos de venta están concentrados en Bogotá (40%) y, en menor medida, en Medellín (14%), Cali (7%), Barranquilla (6%) y Bucaramanga (5%), y la mayoría son comercializadoras de libros religiosos y librerías de cadena. Otro tipo de punto de comercialización de libros son aquellos no especializados (como las grandes superficies), donde la competencia entre los fondos editoriales colombianos y los fondos extranjeros beneficia en mayor medida a estos últimos.

Qué fue primero, ¿el huevo o la gallina? Las librerías son centros culturales (antes se llamaban “tertulias”) desde donde se promueve la lectura y la discusión en torno a la lectura. Pero las inmensas dificultades para abrir y echar a andar una librería, para no hablar de la inexistencia de instancias de formación para libreros, desconoce el poder cultural del comercio.

Las medidas de distanciamiento social, impuestas como reacción a la pandemia por Covid-19, evidenciaron aún más que las librerías son “la instancia principal para propiciar el contacto de los libros con los lectores”, pero también la precariedad de sus condiciones de trabajo. Unas y otras, los y las librerías que trabajan en los establecimientos más grandes y en los más chicos nos hablaron de la velocidad con la que establecieron contacto con sus clientes, de las conversaciones

por WhatsApp, de la red de apoyo entre librerías que les permitió surtir las necesidades de los lectores intempestivamente encerrados y aislados, de los paqueticos, de las bicicletas, de las llamadas de auxilio, de la velocidad de entrega.

Antes de la pandemia, las librerías centraban sus servicios en sus locales, en tanto lugares de encuentro de sus usuarios y espacios que ofrecían experiencias relacionadas con el libro, que programaban actividades culturales y que estimulaban la conversación con los libreros. En medio de la pandemia, las librerías han debido redoblar sus esfuerzos para mantener a flote la relación con sus usuarios y, por ende, sus ventas. La pandemia nos demostró que el libro es un elemento de primera necesidad en muchos hogares colombianos, y que son las librerías las que se ocupan de esta necesidad, sin los recursos de megaempresas como *Buscalibre*, *Amazon* o, a menor escala, las librerías de cadena, que compiten inmisericordemente con las librerías independientes y las de libros leídos, y se lucran con el trabajo de zapa que estos han realizado durante décadas. Es urgente discutir en profundidad la propuesta de una ley del precio fijo al libro en Colombia, para evitar la competencia desigual generada por la capacidad de distribuidoras y plataformas como *Buscalibre* de ofrecer descuentos con los cuales les resulta prácticamente imposible competir a las librerías independientes.

La mayoría de los libreros entrevistados en este libro coincide en que lo mejor de ser librero es el momento de destapar las cajas que les envían las distribuidoras o editoriales y revisar los libros. Además de abrir cajas, la mayoría de los libreros disfruta inmensamente de la conversación con sus clientes, una larga conversación sobre libros en la que todos los involucrados se enriquecen. El trabajo del librero es el de un mediador activo, cuya intervención

aumenta la notoriedad, reputación y prestigio del objeto mediado, en este caso el del libro. Es común escuchar que los intermediarios en el circuito creativo están desapareciendo para darle paso a una relación cada vez más directa entre el creador y su público o entre el público y un algoritmo. Pero hay mucho de deseo en esta afirmación: particularmente, deseo de los productores de absorber los costos de distribución. Sí han cambiado las formas de la prescripción –que se han democratizado–, pero autores como Michael Bhaskar han demostrado que la curaduría de los contenidos culturales es una tarea necesaria y valorada, y no puede ser reemplazada del todo por inteligencia artificial. La mediación activa de los libreros se da en dos frentes: en tanto “intermediarios mercantiles” y como “intermediarios de consumo”. Los primeros tienen la capacidad de agregar valor a contenidos culturales y artísticos, y vincularlos efectivamente en cadenas de intercambio. Como “intermediarios de consumo”, conectan el producto cultural con los compradores, facilitan una forma apropiada de consumo. Y esto resulta particularmente cierto en el mercado de libros leídos, un mercado que crece en Colombia gracias exclusivamente a la labor de libreros y librerías, y a las relaciones cercanas que establecen con sus clientes.

Los testimonios de libreros y librerías que se recogen en este libro nos muestran una cara de su trabajo, la más importante, que en general se ignora. Y su versatilidad es prueba de que la presencia activa del librero es esencial si hemos de mantener viva la bibliodiversidad, espina dorsal de la industria editorial que se ha ido desdibujando en las últimas décadas. Los medios virtuales de difusión de la información (redes sociales o páginas web) no son suficientes; los lectores–compradores habituales de libros siempre solicitan la experticia

del librero como recomendador y seleccionador de títulos. Los lectores, porque somos lectores, nos alimentamos de la conversación. La pandemia asimismo ha puesto en evidencia la importancia de las agremiaciones. El apoyo mediante circuitos formales (administrados por entidades como la Cámara Colombiana del Libro o como la ACLI) o circuitos informales permitió a los libreros y librerías, y a las librerías salvar algunos de los obstáculos derivados de las restricciones impuestas por medidas como la cuarentena en 2020.

Este libro es un homenaje a esos libreros y librerías, a los fundadores de librerías, a los mediadores culturales que han apostado por darle a los libros un valor más que comercial creando comunidades de lectores y conversaciones, y aportando a la construcción de un tejido sociocultural. La vida de las ciudades se lucra de su presencia, y la vida en los barrios, en los pueblos, en las ciudades pequeñas donde muchos osados siguen atreviéndose a fundar sus librerías, se amplía, se enriquece, se aviva. Sea esta, entonces, la oportunidad para insistir en la importancia de seguir apoyando la creación de estos espacios y la formación de libreros.

Recogemos aquí veintitrés testimonios de hombres y mujeres que, en ocasiones, se arriesgaron a dejar sus profesiones por apostarle a la creación de espacios de diálogo y encuentro con los libros y con otros lectores. Trabajar en una librería o fundar una ha sido para muchos una forma de continuar su relación con la lectura que, en la mayoría de los casos, empezó desde la niñez o la adolescencia, gracias al contacto con los libros y a las conversaciones alrededor de ellos.

Finalmente, agradecemos al Instituto Caro y Cuervo y a la Universidad de Antioquia por financiar la investigación que dio como resultado este libro, a los libreros, librerías, propietarios y propietarias de librerías que tan generosamente nos regalaron horas de su escaso tiempo para realizar las

entrevistas –todas a través de videollamada, a nuestro pesar–, en medio de la incertidumbre que para todos significó la cuarentena restringida impuesta entre marzo y agosto de 2020. También, por supuesto, agradecemos a Juan David Correa y a Marco Giraldo Barreto, quienes acogieron con entusiasmo la propuesta de publicar este libro.

MARGARITA VALENCIA,
PAULA ANDREA MARÍN Y ANA MARÍA AGUDELO

Bogotá-Medellín, febrero de 2022

OFICIO: LIBROS NUEVOS

LIBRERÍA
Al Pie de la Letra

Gloria Melo

MEDELLÍN

Al Pie de la Letra es una de las librerías más antiguas de Medellín. Fue fundada en 1993 por un grupo de intelectuales que soñaba con tener una librería. En estos veintisiete años de historia, Gloria Melo ha sido la librera y administradora de este espacio que ha formado varias generaciones de lectores y que planea hacerlo por muchos años más. Conversamos con ella de manera virtual; estaba en su finca en La Ceja, Antioquia, y nos compartió que esa se convirtió en su librería durante toda la pandemia. Contesta teléfonos desde temprano y acompaña remotamente a los lectores hasta entrada la noche.

CRECER ENTRE LIBROS: UNA FAMILIA DE LECTORES

Nací en Medellín en 1955, en una familia de ocho hermanos. Mi papá fue educador toda la vida; él era de Boyacá, pero se vino para Antioquia y fue rector del Colegio Marco Fidel Suárez, trabajó en la Normal Antioqueña y en la Normal de Varones. Se casó con una sampedreña. Mi mamá estudió hasta quinto, y se casó muy joven. A pesar de haber cursado

solo la primaria, aprendió a leer con mi papá; le encantaban los cuentos y la poesía. Gracias a esa condición de mi papá y a su amor por la lectura, también en mi casa aprendimos a leer y apreciar los libros a muy temprana edad.

Leíamos todos los días. Mi mamá también nos leía y nos contaba cuentos. Eso fue muy agradable: para mí era normal estar rodeada de libros. Cuando iba a la casa de los compañeros del colegio, me preguntaba “ve, ¿y en esta casa por qué no hay un libro?”. En mi casa, en cambio, había una gran biblioteca llena de libros. Esa presencia era completamente natural. Lo más especial es que esa relación con los libros, que nació con mi papá, no se quedó ahí. Fuimos ocho hermanos muy espaciados, casi todos nos llevamos de a tres años. Cuando la menor nació, los mayores ya se habían ido y habían dejado su huella en la gran biblioteca de la casa: todos eran muy buenos lectores. Cuando yo ya estaba en edad de leer, tuve acceso a libros que llegaron de muchas maneras. La relación de la familia con los libros y la lectura estuvo condicionada también por la elección profesional de mis hermanos, pues todos se inclinaron por las humanidades. Estudiaron Historia, Filosofía, Periodismo, Arquitectura, Psicología. Yo fui, tal vez, la más distante: estudié Economía en la Universidad de Antioquia. Esa inclinación de la familia hizo también que a todos nos interesara mucho la literatura. Ese entorno, sin duda, influyó en la creación de *Al Pie de la Letra*.

LECTURA, SOCIABILIDAD Y LIBRERÍAS

La librería que más recuerdo de mi época de juventud es la Continental. Más joven iba también a la Aguirre y a otra que quedaba en El Poblado. Para mí, la imagen de la Continental era la de una gran librería: eran muchos, muchos libros. Me gustaba especialmente que el espacio estaba muy bien diseñado. Los lectores podían mirar los

libros con calma, sentarse, permanecer. También recuerdo mucho a don Rafael, siempre pendiente de todo.

Cuando estaba terminando el bachillerato, empezamos un grupo de lectura con algunos amigos. Nos reuníamos en la Universidad de Medellín, en unos quioscos. Nos reuníamos cada tanto y leíamos literatura, en principio, pero como fue la época de la movilización social, también leímos mucho de economía, política y sociología.

En esas visitas a librerías, en esas correrías con amigos, me consolidé como lectora y afiancé un amor por los libros que todavía está vivo. En la actualidad, tengo una biblioteca muy grande. Además de los autores que van llegando, siempre guardo algunos libros autografiados, sobre todo de los autores que pasan por la librería. Todavía soy una apasionada de la literatura, especialmente de la colombiana. Me gusta mucho leer a Juan Gabriel Vásquez, a Héctor Abad Faciolince. Normalmente estoy al tanto de sus últimos libros, después de estas novedades sigo con la literatura en general.

VER NACER A AL PIE DE LA LETRA

Mis hermanos estuvieron relacionados con los libros y la lectura desde distintos frentes. El mayor, Jorge Orlando, fue director de la Biblioteca Luis Ángel Arango muchos años. Antes de eso fue profesor de la Universidad Nacional y de la Universidad del Valle. El otro, Moisés, hizo parte del grupo que fundó las editoriales Oveja Negra, La Carreta, Tigre de Papel y otras que aparecieron a finales de los sesenta, todas de izquierda. Después trabajó con Norma, fue editor mucho tiempo. Estando allí hizo muy buenos amigos: todos tenían en común el sueño de fundar una librería.

En Medellín había una librería que quedaba donde está ahora Al Pie de la Letra, en el barrio Suramericana. Se llamaba La Mesa del Silencio. Esta librería era de un

matrimonio que se divorció. Después de esa separación, la librería empezó a decaer y decidieron liquidarla. Un día, Moisés me llamó y me dijo “Gloria, andá vos que sos economista y que entendés de números, que manejas números, andá y hablá con ellos a ver si negociás la prima y ponemos una librería ahí, si seguimos”. Así lo hice: negociamos con ellos para seguir ahí y empezar una nueva razón social. Moisés tenía ya varios amigos con los que había hablado y con ellos se armó una sociedad en la que participaron muchas personas y ahí empezó todo. La librería abrió en diciembre de 1993, este año [2020] vamos a cumplir veintisiete años. Yo recuerdo que la primera caja que llegó fue de Norma, obviamente nos despacharon ahí mismo. Yo no tenía ni idea de librerías, pero Moisés me dijo que le ayudara a administrar; según él, eso era conveniente por varias razones: por un lado, todos los socios vivían fuera de Medellín y administrar a distancia no resultaba realista, y, por otro, confiaban en mis conocimientos de administración. Sin embargo, empecé con cierta distancia. Al principio contrataron a una chica que había trabajado en La Mesa del Silencio; ella empezó como administradora, y yo solo iba a observar cómo eran los procesos de la librería. Poco a poco empecé a interesarme. Seguí medio tiempo en mi antiguo trabajo y medio tiempo en la librería, hasta que me fui quedando.

Al poco tiempo la librería se expandió. Abrimos una sucursal en Oviedo y una más en Bogotá, en el Centro Comercial Salitre Plaza. Lastimosamente esa expansión no salió muy bien. Los socios que estaban en Bogotá dijeron entusiastas que estarían pendientes, pero en realidad nunca fue así. Entonces se cerró la de Salitre Plaza. Tiempo después la gran sociedad se disolvió. Algunos se quedaron con Oviedo y nosotros, la familia, nos quedamos con la de Suramericana: éramos Moisés y su esposa, mi hermana Blanca y yo. Blanca

era profesora de Historia de la Universidad Nacional, de Historia de Grecia y Roma. Cuando Blanca se jubiló, empezó a ir a la librería todas las tardes; a ella, igual que a mí, la librería también la fue atrapando. Poco tiempo después hablamos con Moisés y le propusimos que nos vendiera su parte. Desde entonces, Blanca y yo somos las únicas dueñas de la librería. Ahora mismo tenemos la sede de Suramericana y una más en el Museo de Arte Moderno de Medellín.

EL OFICIO Y LA LIBRERA

Cuando empecé en este oficio, hace casi tres décadas, no tenía dimensión de todo lo que implica. Lo que sé ahora lo he aprendido en el ejercicio, en el día a día. Hoy creo que manejar una librería y ser “librera” es hacer muchas cosas. La relación con el cliente, por ejemplo, es fundamental. Pero también es necesario saber qué pedir, cómo ordenar el espacio y, desde luego, administrar. Las personas se han creado una imagen muy bonita sobre las librerías; la mayoría cree que se trata únicamente de leer y vender libros, pierden de vista que hay que administrar, pues se trata también de un negocio. En pocas palabras, si no vemos a la librería como negocio, nos quebramos de inmediato. El librero, entonces, tiene que compensar eso, saber un poco de cada cosa y conjugar adecuadamente todo.

Yo tenía la ventaja de que sabía administrar gracias a una de las facetas de mi carrera, pero mi gran reto fue aprender lo puntual de las librerías. Mi hermano, por ejemplo, fue muy enfático en que los inventarios y la rotación de los libros eran asuntos prioritarios. Empecé a estudiar los pequeños detalles del negocio de la librería y así fui consolidando mi visión del oficio. Desde luego, esta visión del negocio se complementó en el contacto con la gente, con los clientes. Una de las cosas más ricas de trabajar en una librería es

establecer relaciones con las personas que llegan, que vienen y van. Esas dos facetas –el contacto con la gente y lo administrativo– fueron consolidando mi experiencia y también la visión de Al Pie de la Letra. Debo decir que todo eso se fortaleció cuando Blanca empezó a ir regularmente a la librería. Ella trajo su visión de la academia y yo le empecé a compartir las otras actividades de la librería. Ahora las dos podemos manejar la librería perfectamente. Ha sido una experiencia de aprendizaje muy agradable.

UNA JORNADA DE LA LIBRERA

Cuando me preguntan qué es lo mejor de trabajar en la librería, yo digo que el hecho de que ningún día es igual a otro. Cada día hay una nueva aventura. Lo cierto, también, es que hay muchas ocupaciones. Las personas suelen creer que los libreros tenemos mucho tiempo para leer, pero ese no es más que un mito. En la librería no hay tiempo para leer porque hay muchísimas actividades cotidianas que son prioritarias. En ocasiones, lo más cerca que estamos de la lectura es cuando nos cruzamos con las contraportadas de los libros al momento de ingresarlos al sistema. Siempre hay ocupaciones: atender a los clientes, hacer pedidos a editoriales, anotar las reposiciones, llamar a los proveedores, ubicar los libros, entre muchas otras.

Yo generalmente voy unos días a la sede de Suramericana y otros días a la del Museo de Arte Moderno. Llego a eso de las 8:30, miro el sistema, hago el cierre del día anterior y mando a consignar. Normalmente, mientras me dedico a esos asuntos administrativos, empieza a sonar el teléfono: son los clientes que madrugan a preguntar por sus libros. Al cabo de un rato llegan las otras niñas y ahí nos empezamos a distribuir las tareas del día. Una de ellas ingresa libros, yo reviso si hay pedidos y la otra está pendiente de los clientes. Sin

embargo, todas estamos dispuestas a suspender las actividades para asesorar a los lectores. Sin duda, esta es la tarea más importante. La jornada resulta muy agradable entre visitas y labores. La sorpresa de los visitantes es lo que da el toque novedoso y agradable a cada día.

CONTAR HASTA VEINTE MIL:

EL CATÁLOGO DE AL PIE DE LA LETRA

El catálogo de Al Pie de la Letra ha crecido mucho. Recuerdo que empezamos con muy poco. Siempre estuvo claro que sería una librería enfocada en literatura, así que esa línea fue fuerte desde el principio. También teníamos literatura infantil y ciencias humanas. Cuando abrimos la sede de Oviedo, ampliamos el catálogo; incluimos arquitectura y arte en general. Sin embargo, la librería se empezó a caracterizar por la selección de ciencias humanas y sociales: filosofía, historia, antropología, sociología. Esta línea fue muy importante y, a mi juicio, reflejó la calidad intelectual de los socios, pues algunos de ellos sugerían títulos. El espacio de la primera sede era muy reducido, así que estoy segura de que no teníamos un catálogo muy extenso. Al cabo de unos años nos apropiamos del local del lado y pudimos aumentar la selección y las líneas de la librería; fue un aumento paulatino que nos permitió llegar a los cerca de veinte mil títulos que tenemos hoy.

Uno de los rasgos distintivos de nuestra librería es que nos resistimos a las devoluciones. Las editoriales piden que hagamos balance cada dos o tres meses. Esto es bueno hasta cierto punto, pero cuando una librería quiere sobresalir por la calidad del catálogo, debe mantener en inventario algunos títulos de poca rotación, libros que son de fondo. Por esa razón, el aumento del espacio fue muy importante, nos permitió

tener, al mismo tiempo, las novedades de las editoriales y estos libros que llamamos “de fondo”.

La distribución de la librería depende de la clasificación. Esto facilita mucho la búsqueda. Hay, entonces, un área donde está todo lo de literatura, y allí hay unas subclasificaciones: literatura colombiana, literatura iberoamericana, y literatura del resto del mundo, todo en orden alfabético de autor. El resto del fondo está clasificado por materias: historia, historia colombiana, filosofía, etc. Adicionalmente, tenemos unas secciones para algunas editoriales que queremos resaltar, donde se destacan Acantilado y Alianza. Algo así sucede también con la literatura infantil: tiene un espacio bastante grande y tiene unas subcategorías temáticas.

DE LO ESENCIAL: LAS LIBRERÍAS

A mi juicio, las librerías son parte esencial de la vida de las ciudades. Estos espacios hacen que florezca la cultura en distintos sectores de la ciudad. Creo que su principal función es que la gente tenga donde ver libros, así no los compre. Si bien también existen otros espacios de encuentro con el libro como las bibliotecas, me parece que, a diferencia de estas, el espíritu de las librerías es el de la comunicación, la conversación sobre los libros. En ese entramado, en esa interlocución, aparecemos los libreros y las libreras, que no somos más que mediadores y ayudantes. Esa función modesta se hace más evidente y se amplía cuando el círculo de la librería está compuesto –como en el caso de Al Pie de la Letra– por grandes lectores e intelectuales, que son también amigos. Se amplía porque hay una retroalimentación maravillosa. Por ejemplo, si Jorge Echavarría, que es un tipo buenísimo en literatura, me dice que un libro es malo, yo me siento en la responsabilidad de decir a otro cliente que esté interesado en ese libro: “Me dijeron que era malo”. Lo

mismo sucede cuando yo misma, tras la lectura, pienso que algún título es malo. Este ejercicio me parece bueno porque creo que es interesante que los lectores puedan nutrirse entre sí, así no se crucen jamás. Además de esto, me parece que la función de las librerías ha cambiado con los años. Hoy, estas son centros culturales, espacios de encuentro, de lecturas en voz alta, de programaciones que nutren la vida cultural de las ciudades.

En esta misma línea, yo creo que un buen librero es el que sabe aconsejar a un lector de acuerdo con lo que le gusta; es aquél que no impone, sino que acompaña y da confianza. Una de las cosas que he comprobado en la Fiesta del Libro y la Cultura de Medellín es que a muchas personas les avergüenza y les atemoriza ir a las librerías. Espacios como esta feria y otros eventos de promoción de lectura nos han acercado a nuevos lectores y nos han permitido dimensionar estos asuntos. Debemos hacer que las librerías sean espacios abiertos y cercanos a todos los posibles lectores que habitan nuestras ciudades.

EL FUTURO DE AL PIE DE LA LETRA

Me ilusiona pensar que en diez años Al Pie de la Letra estará cerca de los cuarenta: treinta y siete años. Imagino que la librería funcionará igual que ahora. Tal vez tengamos una sola sede y mantengamos los hábitos que hemos cultivado en estas casi tres décadas. No mentiré, cada vez es más difícil sostener un negocio cultural, la curva está cada vez más lejos. Cada vez hay más cosas que pagar y eso va dificultando el ejercicio. Sin embargo, me parece que este año de pandemia ha sido todo un reto y, a mi juicio, lo hemos podido sortear. Confío en que, si salimos de este año tan difícil, podremos mantenernos esa década añorada para seguir llevando lecturas y libros a muchas personas. •

Posfacio

Muchas cosas han pasado desde que empezamos estas conversaciones, a comienzos de 2020. Algunas librerías han cerrado y otras se han trasteado. Algunos librereros y librereras han cambiado de librería, pero hasta donde sabemos, ninguno ha abandonado el oficio.

Murieron, el uno en diciembre y la otra en enero de este año, Mauricio Lleras y Lilly de Ungar, dos viejos librereros que acompañaron a los lectores bogotanos durante décadas. La librería Central y Prólogo siguen adelante, y los cientos de mensajes que circularon en redes sociales y que se publicaron en la prensa son un testimonio conmovedor de los poderosos lazos que unen a los lectores con sus librereros, de los cuales queremos dar cuenta en este libro.

LAS EDITORAS

Colaboradores

ALMARY GUTIÉRREZ DÍAZ

Transcriptora de las entrevistas a Erika Johana Quintero Duque de El Licenciado; Patricia Melo de Exlibris; Tomás David Rubio Casas de Libélula Libros; Juan Hincapié de Los libros de Juan y Luis Alberto Arango de Librería Palinuro.

ANA MARÍA AGUDELO OCHOA

Editora de la entrevista a Erika Johana Quintero Duque de El Licenciado. Entrevistadora y editora de las entrevistas a Adrián Osorio de Librería Roma y Luis Alberto Arango de Librería Palinuro.

ANDRÉS FELIPE LÓPEZ ECHEVERRI

Entrevistador y editor de las entrevistas a Joni Benjumea y Melissa Martínez de Libros Antimateria; Patricia Melo de Exlibris y Juan Hincapié de Los libros de Juan.

ANDRÉS MURILLO

Transcriptor de las entrevistas a Adriana Laganis de ArteLetra; Ana María Aragón de Casa Tomada; Yolanda Reyes y María Isabel Calderón de Librería Espantapájaros; Jonathan Valencia de Expresión Viva; Santiago Sepúlveda y Camilo Rico de Hojas de Parra; Alba Inés Arias Figueroa de Librería Lerner; Andrés Archila de Matorral; José Manuel Lleras de Prólogo Libros; Felipe Grismaldo de Siglo del Hombre; Camilo de Mendoza de Tornamesa; Yolanda Auza de Wilborada; Alejandro Torres de Árbol de Tinta y Álvaro Castillo Granada de San Librario libros.

MARÍA CAMILA CARDONA AGUIRRE

Entrevistadora y editora de las entrevistas a Gloria Melo de la Librería Al Pie de la Letra; Erika Johana Quintero Duque de El Licenciado; Patricia Melo de Exlibris y Tomás David Rubio Casas de Libélula Libros.

MARGARITA VALENCIA

Entrevistadora de Adriana Laganis de ArteLetra; Ana María Aragón de Casa Tomada; Yolanda Reyes y María Isabel Calderón de Librería Espantapájaros; Felipe Grismaldo de Siglo del Hombre; Camilo de Mendoza de Tornamesa; Yolanda Auza de Wilborada y Álvaro Castillo Granada de San Librario libros. Editora de las entrevistas a Adriana Laganis de ArteLetra; Ana María Aragón de Casa Tomada; Yolanda Reyes y María Isabel Calderón de Librería Espantapájaros; Jonathan Valencia de Expresión Viva; Santiago Sepúlveda y Camilo Rico de Hojas de Parra; Alba Inés Arias Figueroa de Librería Lerner; Andrés Archila de Matorral; José Manuel Lleras de Prólogo Libros; Felipe Grismaldo de Siglo del Hombre; Camilo de Mendoza de Tornamesa; Yolanda Auza de Wilborada; Alejandro Torres de Árbol de Tinta y Álvaro Castillo Granada de San Librario libros.

PAULA ANDREA MARÍN

Entrevistadora de Jonathan Valencia de Expresión Viva; Santiago Sepúlveda y Camilo Rico de Hojas de Parra; Alba Inés Arias Figueroa de Librería Lerner; Andrés Archila de Matorral; José Manuel Lleras de Prólogo Libros y Alejandro Torres de Árbol de Tinta.

Tras la publicación de *Ellas editan*, un tremendo ejercicio por documentar la tarea de una veintena de editoras colombianas, las investigadoras Margarita Valencia, Paula Andrea Marín, a la que se suma en este libro Ana María Agudelo, emprendieron el camino hacia esos espacios que son el oasis para los lectores, pero que son, a veces, temidos por quienes no están familiarizados con ellos. En este libro se reúnen quince testimonios de librerías y libreros colombianos que han mantenido la esperanza de que se puede vivir –en todos los sentidos– de los libros. Como dice el editor Marco Giraldo “en estas entrevistas nos enteramos de primera mano de su vulnerabilidad: el riesgo financiero de montar una librería, las dificultades de mantener unos ingresos económicos mínimos en un país en el que el precio de los libros excede la capacidad adquisitiva de la mayoría. Esta vulnerabilidad se convierte en una herida mortal si tenemos en cuenta, como se ha dicho recientemente, que casi el 60 % de la población con vinculación laboral en el país gana un salario mínimo o menos, así que el porcentaje de quienes ganan más que eso se reduce dramáticamente. En Colombia seguro tiene una mayor prioridad el mercado que un libro, pues alimentar el cuerpo resultará siempre más urgente que alimentar el espíritu o el intelecto. ¿Cómo se piensa, se tiene esperanza o se tiene fe si el estómago no está lleno? A la luz de esta inmensa dificultad, resultan aún más sorprendentes las historias que hay detrás de cada uno de estos proyectos, la manera como empezaron, los aprendizajes y las virtudes de todas aquellas personas que hacen que los libros lleguen a los lectores, los esfuerzos que deben hacer y, en especial, la constancia y disciplina que hay detrás de cada librero o librería”.

EDITORIAL
UTADEO

Ariel

www.planetadelibros.com.co

